

Vio a la mano ir hasta la mesita de luz, volver de allí con el encendedor y los cigarrillos.

—Sos bárbaro, viejo —susurró.

La llamita del encendedor puso un reflejo en la nariz recta, algo grande. Miró la nariz como había mirado la mano. Pero esta mano ancha y grande no se parecía a las de Venancio que eran finas, como de pianista. Las cejas de Funes se alzaron con sufrimiento.

El asfalto es su sudariooooo

—¿Cómo te llamás? —dijo suavemente Diego largando el humo de modo que quedara flotando sobre su cara. Funes bajó la cabeza, el mentón casi se clavó en el pecho, la voz fue ya gutural, cavernosa.

Ya lo llevan a enterraaaaaar...

—Amelia —dijo ella—. Pero me dicen Ame.

Diego giró la cabeza mirando a Ame, erguida sobre un codo, mirándolo, los pechos duros con su punto rojo, la mirada oblicua en el tajo oblicuo de los ojos. La mano con el cigarrillo se deslizó por el borde de la cama y cayó al costado. Quedó allí el brazo oscilando envuelto en humo. De la calle llegó el eco de la sirena de una ambulancia.

—Qué idiota —dijo Diego sintiendo disolverse a lo lejos el gemido de la sirena—. No hace falta que me lo recuerden.

Mirada Negra, tu luto

Funes sostuvo el trémolo de la última letra hasta que se le terminó el aliento y largó el nuevo verso con un ritmo brusco y ascendente,

Es luto de tu arrabal...

—¿Qué? —preguntó Ame.

—Nada.

La noche de tu mirada

—Y vos, ¿cómo te yamás?

—Diego.

La imagen se encendió dentro de Funes.

—Sos bárbaro. Vení.

es la noche del zorzal...

Ame tironeó el hombro de Diego. Le clavó las uñas. El brazo de Funes se alzó en una imprecación patética.

*Porque comprendo ese canto
que en tu silencio cantás*

—Quedate quieta —dijo Diego—. Fumá un cigarrillo.

Funes agitó los brazos en el aire.

¡No estás solo! ¡No estás soooooo!...

Ame se puso a jugar, raspándolo con las uñas. La empujó.

—Quieta. ¿Sabés en qué estoy pensando?

La expresión de Funes se hizo dura. Bajó las cejas cuando se apagó el último sonido de su imprecación dramática, y cabeceó en una especie de juramento amargo.

Vos y yo, en esta esquina

—¿Qué? —susurró Ame con un interés súbito, los pechos redondos oscilando sobre la nariz de Diego.

—Nos quedamos. Dormimos aquí.

La mano de Funes golpeó el pecho rubricando el juramento y la voz volvió al bajo profundo.

somos dos para llorar.

—No te va a salir más caro —la voz de Ame salió de los ojos húmedos y brillantes más que de su boca entreabierta—. Funes es amigo.

Funes inspiró profundamente. Retomó entonces con una especie de tristeza nostálgica su estrofa inicial, de tono horizontal, grave, en una línea melódica vibrante.

Te llaman Mirada Negra

—Eso no importa —dijo Diego.

Porque estás del ooo...

—Ahora tirá el cigarrillo —pidió Ame—. Vení.

Funes arrancó la voz desde la «o», donde la había detenido en una vibración grave, y la dejó caer en un corte seco, casi agónico

tro lao...

largándola en seguida al verso siguiente con una fuerza que hizo saltar su voz más allá del medio tono en que se había estado esforzando

Con una bronca de luto

—Diego, Diego. Diego...

mirando un mundo...

el teléfono volvió a sonar pero Funes no le hizo caso y completó su canto en un descenso de su voz hacia el bajo profundo

piantaooooo

Respiró, con fuerza, y descolgó el tubo que seguía sonando. «Teléfono de mierda», murmuró.